

Participación y liturgia

Pedro Trigo, s.j.



Si no participamos en la Cena del Señor
¿dónde vamos a participar? Si la
Eucaristía la celebra de hecho el cura y
los demás la oyen (así se dice: oír misa)
¿dónde se hará la comunidad cristiana?.

Dios quiera que el Concilio Plenario
Venezolano tenga conciencia de que
está en juego el futuro de la Iglesia en
Venezuela y se atreva a soñar en la
Iglesia del mañana y no quiera enterrarla
en el pasado irremisible.

Sin participación en la liturgia no hay comunión en la iglesia

Entre los documentos que se van a discutir en la última sesión del concilio que se celebrará en noviembre hay dos que tienen una relevancia especial y están mutuamente referidos: el de Instancias de comunión y el de Liturgia. La relación salta a la vista ya que la comunión se da por la participación, y la piedra de toque de la participación eclesial es precisamente la participación en la liturgia. La liturgia es la primera instancia de comunión y la comunión en la liturgia se establece participando. Si no, sería un acto de magia.

Si en la celebración de los sacramentos el cura lo hace todo, si por ejemplo en la misa la participación de los fieles se reduce a leer las lecturas, a participar de los cantos, a responder a las oraciones y eventualmente a comulgar, es que la Iglesia es el cura y los fieles los que van a la Iglesia. Es claro que eso es lo que sucede en la misa dominical y que por eso la gente saca la idea de que ellos no son la Iglesia. Lo que concluye la gente tiene una lógica inobjetable ya que decir que todos somos Iglesia y no poder verificar concretamente ese aserto, es decir que es lo que no es; es equiparar idealísticamente el deber ser con el ser, es confundir una declaración dogmática con una realidad histórica.

A mediados del siglo XIX el obispo Rosmini escribió proféticamente que la separación del clero y los fieles en los actos de culto es la prime-

ra llaga por la que la Iglesia se desangra, es decir se vacía como sacramento de salvación. Para Rosmini la consecuencia de no querer dar participación al pueblo es obvia: como la institución eclesiástica no tiene peso propio, si no comulga con el pueblo cristiano, acabará poniéndose en manos de los poderosos, que es para él la quinta llaga por la que se desangra la Iglesia.

Que se está desangrando, hace falta ser muy ciego para no querer verlo. Dos hechos de gran magnitud y en pleno desarrollo lo evidencian en nuestro país: el primero es el cristianismo practicante aeclesial. Son cada vez más los católicos venezolanos que se definen a sí mismos como católicos y que se plantean seriamente vivir su cristianismo. Para alimentarlo tienen alguna devoción que practican asiduamente, entran en los templos cuando pasan por ellos y tienen tiempo, conversan con gente que saben les interesa la vida cristiana, oyen emisoras evangélicas porque rezan y cantan devotamente, ven la misa del Papa por televisión... Pero no les dice nada la Iglesia, ni siquiera bautizan a sus hijos y empiezan a no ligar el cristianismo con el bautismo. El otro hecho es el auge de las Iglesias libres evangélicas y pentecostales. En los estudios que se han hecho, la abrumadora mayoría afirma que si le hubieran dado en la Iglesia católica lo que obtuvo en las otras no se hubiera pasado a ellas, y lo que le han dado es una vivencia personalizada del cristianismo a través de la relación con personas que los han abordado personalmente y la pertenencia personalizada a una comunidad en la que tienen una participación asidua. En definitiva lo que echan de menos en la Iglesia católica es la participación asidua y personalizada. No queremos idealizar a estas Iglesias que por su atomización y a veces por la posición dominante del líder generan tantas dificultades que no pocos tienen que emigrar a otra o fundar una nueva. Lo que queremos insistir es que, si la

Iglesia católica fuera entre nosotros una Iglesia de bautizados, una Iglesia de convertidos, una Iglesia de testigos, una Iglesia de hermanos, no existiría este éxodo.

El dilema que tiene la Iglesia venezolana es seguir siendo una Iglesia de clérigos, una Iglesia identificada con la institución eclesiástica, que relega a los laicos a la condición de usuarios ocasionales o asiduos, que al no dar participación retrae a los cristianos adultos, o llegar a configurarse como una Iglesia de cristianos en la que las diferencias pasen a un segundo lugar y se entiendan sólo como caminos, dones y servicios en orden a constituirnos en cristianos, en la que la única jerarquía sea la de la santidad, una jerarquía que, como la de Jesús, no se realiza como honor y gloria sino sirviendo desde abajo. Para poner este dilema en términos bien concretos: una Iglesia en la que la parroquia es el párroco y por eso el que viene nuevo se cree con derecho de cambiar lo que le parece y de hecho lo hace sin que los parroquianos puedan contradecirlo, o una Iglesia en la que la parroquia sean los parroquianos, que son los que viven permanentemente en la parroquia y llevan la vida cristiana, y el cura está a su servicio, ayudando a alimentar su fe y a animarlos a participar y a coordinar esa participación para que sea ordenada y quepan las diversas expresiones. Todavía sería mejor que la propia comunidad se diera su ministro, en comunión con el obispo y con su anuencia, como se hizo durante más de un milenio; pero hasta que vuelva de nuevo esta práctica (lo que requiere que se constituya antes una comunidad adulta), tendría que quedar claro que la parroquia son los parroquianos y el cura su servidor, que eso significa su ministro, en orden a la fe y a la participación.

Tenemos que decir con dolor que la institución eclesiástica venezolana no quiere plantearse este dilema. Es decir que se resigna a ir

disminuyendo antes que dejar de ser una Iglesia de clérigos y esforzarse por convertirse en una Iglesia de cristianos.

¿El culto de las religiones antiguas o la cena del señor?

Por eso se sigue planteando la liturgia como el culto en las religiones antiguas, ya que en las modernas, fuera tal vez del hinduismo y de las religiones tradicionales, no existe el equivalente. El culto es el acto que realiza el sacerdote en el lugar sagrado a favor del pueblo y más precisamente de los oferentes. El culto consiste principalmente en sacrificios que se ofrecen a la divinidad para aplacarla, darle gracias, pedirle favores y siempre en el fondo rendirle homenaje. Cuando se reúnen los fieles en una sinagoga o una mezquita o en un santuario budista no se reúnen para eso. No hay en el judaísmo ninguna nostalgia del templo y sus sacrificios. La noción de Dios es más elevada. Todas esas religiones saben, como dice el salmo, que Dios no quiere sacrificios ni holocaustos, que el culto que debemos ofrecerle es el sacrificio de nuestros cuerpos, que consiste en que no sean órganos de pecado sino de una vida realmente humana. Todos sabemos que los cristianos durante los tres primeros siglos no tuvieron templos, sacerdotes ni sacrificios. Por eso los llamaron cristianos, porque no sabían cómo llamar a estas personas tan religiosas que no practicaban ninguna religión, en este sentido de tener templos, sacerdotes y sacrificios. Todos sabemos que el único documento del NT que llama a Jesús sacerdote, que es la carta a los Hebreos, se lo llama metafóricamente ya que él no hizo ningún sacrificio en el templo sino que desde que vino al mundo entregó toda su vida a cumplir la voluntad de Dios porque sabía que Dios no quiere holocaustos ni sacrificios; esa entrega de su vida se consumió en la cruz. Más apropiadamente dice la carta que Jesús fue pontífi-

ce porque al vivir como hijo y como hermano unió las dos orillas: la de Dios y la de la humanidad. Hizo de puente con su vida, no con ningún sacrificio cultural, y su vida se consumió en la cruz: allí fue donde se graduó de Hijo y de Hermano.

Los cristianos se reunían por las casas para recibir la enseñanza de los enviados, para orar juntos y para la fracción del pan. La cena del Señor que celebraban era su memorial vivo: en la Palabra y en el pan y vino recibían la vida del Señor con el compromiso de hacer ellos lo mismo, es decir de entregar a los demás esa vida de Cristo que recibían. Era el modo de permanecer en su amor, como Jesús permaneció en el amor del Padre amándonos a nosotros. Esa era la nueva alianza: la entrega incondicional de Dios en su Hijo, entrega que se selló en su muerte, a la que se corresponde nuestra entrega a ellos expresada en el seguimiento de la misión de Jesús, es decir en la realización del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. En la cena del Señor todos participaban, aunque uno, el encargado de la comunidad, hacía las veces de Jesús al hacer memoria suya.

Fue Tertuliano el primero que habló de orden sacerdotal, asimilando el ministerio episcopal y presbiteral al orden de los senadores y de los caballeros, y distinguiéndolo así de los demás cristianos, que serían la plebe. Pero fue a partir de Constantino cuando esa asimilación conceptual se convirtió en asimilación social, destruyendo así la comunión cristiana. Constantino tenía razones poderosas para este cambio. El imperio romano estaba basado, como todos los imperios hasta ahora (annuit coeptis, dio anuencia a las empresas que emprendemos, reza el dólar americano) en la bendición de Dios. Desde la mentalidad jurídica romana la protección estaba asegurada al rendirle el culto legítimo. Cuando decidió pasarse de los dioses romanos obsoletos al Dios surgente cristiano, debía asegurarse de que

se celebraba el culto legítimo y celebrarlo con la solemnidad debida. Por eso la cena del Señor tomó la forma del sacrificio religioso efectuado en el lugar sagrado por el ministro que tiene la potestad sagrada. En este esquema el pueblo no tiene más papel que aceptarlo y recibirlo. Así siguió durante siglos. No importaba que nadie entendiera nada, lo decisivo es que se celebraba el culto legítimo, que se ofrecía la víctima por cuya inmolación Dios nos concedía su amistad. Lutero, con gran intuición cristiana, volvió a reponer la Cena del Señor como en la primitiva Iglesia. Su problema fue que por insistir en el sacerdocio de los fieles, término meramente simbólico, negó el papel del que hacía las veces de Cristo: el "sacerdocio" ministerial. Trento, al dar su doctrina de modo meramente antitético, lo volvió a centrar todo en el culto al modo de la religión y en el sacerdote, ahora sí en sentido propio, reduciendo la participación de los laicos al devoto asentimiento a lo que realiza sólo el sacerdote.

Hay que decir que el Vaticano II, conforme a su método de yuxtaponer lo viejo y lo nuevo, contiene muchos textos que confirman esta visión tridentina. Junto a ellos hay otros, más acordes con el NT y la primitiva tradición cristiana, que insisten en que la configuración con Cristo se da en la vida: en ella se hace uno hijo o hija de Dios, hermana o hermano de los demás en la fraternidad que nos alcanzó Cristo. En este sentido se repite varias veces la expresión de Romanos de que el culto que Dios quiere es el sacrificio de nuestros cuerpos, que consiste en vivir como Dios manda. Desde esta perspectiva la Cena del Señor, es el símbolo vivo de esta entrega y expresa más aún su fuente: uno entrega esa vida recibida. Cristo se entrega a los hermanos, una entrega sin duda personalizada, pero entrega a la comunidad de discípulos y para hacer comunidad. Jesús concibe su entrega como una cascada que, originándo-

se en el Padre, alcance a toda la humanidad. Por eso la Cena del Señor es obra de toda la comunidad: toda ella recibe la Palabra y responde de modo personalizado, toda ella recuerda a Jesús, aunque uno solo tenga sus veces en esta memoria, toda ella comulga con él, da gracias y se compromete en el envío al mundo.

Está en juego el futuro de la Iglesia Católica en Venezuela

No hay que gastar mucha tinta para decir que nuestras misas se parecen más a un acto de culto de una religión antigua que a la celebración cristiana de la Cena del Señor. Por eso son tan inexpresivas para la mayoría y no alimentan su fe ni mucho menos edifican la comunidad. Volvemos al comienzo de nuestras reflexiones: si no participamos en la Cena del Señor ¿dónde vamos a participar? Si la Eucaristía la celebra de hecho el cura y los demás la oyen (así se dice: oír misa) ¿dónde se hará la comunidad cristiana?

Dios quiera que el Concilio Plenario Venezolano tenga conciencia de que está en juego el futuro de la Iglesia en Venezuela y se atreva a soñar en la Iglesia del mañana y no quiera enterrarla en el pasado irremisible.

Pedro Trigo, s.j. Miembro del Consejo de Redacción

